

 **REY
DESNUDO** 
REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Scott, Joan Wallach: *The Fantasy of Feminist History*, Durham y Londres, Duke University Press, 2011.

Claudia Bacci

Universidad de Buenos Aires

cbacci@sociales.uba.ar

Mi fantasía de la historia feminista, la que anima este libro, es la de una búsqueda de comprensión que nunca está plenamente satisfecha con sus propios resultados. Es aquella en la cual la lectura crítica reemplaza las operaciones de clasificación, en la cual la relación entre pasado y presente no se da por sentada sino que es considerada como un problema a ser explorado, y donde el pensamiento de la historiadora es un objeto de indagación a la par de sus temas (p. 22)¹.



Qué mejor comienzo para un comentario bibliográfico que citar los efectos profundos y actuales de una reseña del pasado? En su introducción a *The Fantasy of Feminist History* —“Vuelo a lo desconocido”—, Joan Wallach Scott evoca la reseña que el historiador Harold Parker le hiciera a su primer libro *The Glassworkers of Carmoux* (1974)². Y

1 La autora realiza un juego del lenguaje intraducible al castellano con el término “subject” que en inglés significa tanto “tema o asunto” como “sujeto”. Las citas tomadas de *The Fantasy of Feminist History* son traducción propia, a excepción de las correspondientes a los Capítulos 2 y 3 del libro, que ya han sido traducidos al castellano. Véanse las referencias en las notas al pie correspondientes.

2 Harold T. Parker es autor de *Three Napoleonic Battles* (1944) reimpresso por la Duke University Press en 1983. La reseña sobre el libro de Scott: Parker, Harold T.: “A Methodological Gem”, en *Journal of Urban History*, 2:3, mayo 1976, p. 373.

la evoca no tanto por aquello que aquél elogiaba considerándola una “gema metodológica”, sino más bien por la única línea crítica que le planteaba: era un texto “demasiado frío”, le faltaban locura y pasión. Puede resultar lógico el desafío viniendo de un historiador de las guerras napoleónicas, pero el contraste entre la gema y la locura ha tenido al parecer resonancias que han llegado hasta el presente bajo la forma de este libro, donde Scott levanta el guante después de más de treinta años.

Compuesto de una serie de ensayos de gran densidad conceptual, en los que despliega sus preocupaciones como historiadora y feminista, el libro recorre las ambigüedades del sentido y los problemas (felizmente, como se verá al final) insolubles que marcan a la historia como disciplina cuando es atravesada por el psicoanálisis. Dedicado a la poeta y filósofa inglesa Denise Riley, cuyo pensamiento sobre las ironías de la identidad feminista y el lenguaje recorre varios capítulos, Scott traza desde la “Introducción” una posible trayectoria personal desde aquella reseña sobre su primer libro como historiadora hasta su llegada al psicoanálisis, y nos muestra en el camino sus propias fantasías de la historia, plenas de resistencias, apegos, temores y pasiones. Ese recorrido se despliega en la forma de una travesía teórico-política por las obras de Michel de Certeau, Michel Foucault, Jacques Derrida, Sigmund Freud y Jacques Lacan entre otros autores, lo que equivale a revisar buena parte de la crítica post-estructuralista a las teorías y supuestos básicos de la Modernidad, cuyo diálogo con el feminismo de la segunda mitad del siglo XX ha sido tan fecundo para las ciencias sociales y humanas. Uno de los ejes de este recorrido es el que se enfoca en la cuestión de la diferencia sexual y el modo en que ésta opera en la cultura contemporánea (en términos de género) tanto como en las formas de producción de conocimientos (por caso, en la historia).

Una breve nota sobre la dificultad de comprender la diferencia sexual desde una perspectiva prescriptiva del marco psicoanalítico nos advierte sobre la complejidad de la apuesta teórica —y metodológica— que realiza Scott en los capítulos que siguen:

Soy consciente de los argumentos (por parte de los teóricos *queer* y algunas teóricas feministas) que previenen contra el uso de la “diferencia sexual” como una herramienta psicoanalítica, o de hecho en cualquier analítica, porque parece asumir una relación fija entre el cuerpo físico, el género, y la sexualidad que reproduce las normas heterosexuales prevaletentes. [...] Mi argumento es que el psicoanálisis de hecho disputa la idea de cualquier posible correlación directa entre los cuerpos físicos y las identificaciones psíquicas. Éste postula la diferencia sexual como un dilema que es irresoluble, y por ello abierto a toda clase de variaciones en la forma en que es vivida (p. 150, nota 10).

Es precisamente en la grieta irresoluble que supone la noción de diferencia sexual donde se instalan estos ensayos que anudan feminismo, psicoanálisis e historia. Desde este ángulo teórico-político, el género no es meramente una “categoría útil para el análisis histórico” —parafraseando su artículo de los 80—, sino más bien el intento cultural e históricamente situado de resolver el dilema de la diferencia sexual, la incógnita de sentido que ésta proyecta cada vez, y el modo en que sus fantasías y transgresiones niegan cada categorización así como los diversos intentos para su regulación. A la innegable y no siempre afinada productividad metodológica de aquél término para la historia, y en contra de las voces que desdeñan la importancia de alguna “metodología” para la historia, Scott sigue la huella de Foucault y de Certeau y propone un nuevo prisma-método para el presente de la historia feminista a través de un uso desprejuiciado de la noción psicoanalítica de *fantasía*. Transformada en herramienta analítica de lectura a contrapelo, la *fantasía* —afirma la autora— puede producir nuevas miradas, no sólo sobre la historia y las ciencias sociales, sino (en particular) sobre el propio *corpus* del pensamiento feminista y su historia. El poder de la fantasía, el azar, el error, lo inconsciente, el temor al futuro y los ecos del pasado para repensar la historia desde el presente: el Profesor Parker quizás estaría satisfecho con este libro desobediente a las formas de la academia, provocador y apasionado.

Para explicar este recorrido teórico-político que va del *género* como “categoría útil para el análisis histórico” a la *fantasía* como método para la historia, Scott vuelve en la “Introducción” sobre su encuentro con el feminismo de los años 80, y poco después también con el postestructuralismo y el psicoanálisis, ofreciendo su propio “hilo rojo” al interior de la historia intelectual de las ideas y de la teoría feminista de la segunda mitad del siglo XX. En una síntesis no exenta de preguntas incómodas, la autora problematiza las perspectivas constructivistas sobre la distinción entre naturaleza y cultura, es decir, entre sexo y género, un eje de tensiones central en los debates sobre las políticas feministas desde fines de los años 90 —en los primeros textos de Judith Butler o Donna Haraway, por ejemplo—³. Analiza así el dificultoso encuentro de las perspectivas teóricas que cuestionan y reformulan el trabajo productivo de sujeción-subjetivación (vía una lectura de

3 Haraway, Donna: “Género para un diccionario marxista”, en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1991; Butler, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Buenos Aires, Paidós, 2001 (Prefacios, Capítulo 1 y Conclusión).

Louis Althusser y Foucault) con un movimiento político cuyo supuesto sujeto se funda en una idea de identidad unificada donde confluirían naturaleza y cultura (“la mujer” o “las mujeres”). Pese a la inestabilidad de las sucesivas categorías en las que el feminismo ha querido encontrar un refugio teórico y un sujeto político, para la autora el problema consistiría más bien en no permitir que se desplieguen todas las potencialidades de dichas inestabilidades teórico-políticas, y limitar su capacidad para romper con las nociones fijas de identidad, las relaciones de causalidad entre naturaleza y cultura, sexo y género, cuerpo y sexo, entre otras construcciones históricas del binarismo teórico occidental.

Scott funda su crítica de la concepción causalista del género como “construcción cultural/social” en un texto clásico de Freud de 1937, “Construcciones en el análisis”, donde la idea de “construcción” se traduce como la elaboración analítica —sustituta e incompleta— que el analista propone sobre los recuerdos reprimidos de la vida infantil del paciente⁴. En este sentido, la autora recupera las críticas de Joan Copjec a la veta construccionista en el primer libro de Judith Butler, *El género en disputa*, cuando apunta que la articulación (imposible) entre anatomía y posición psíquica implica la imposibilidad del sentido de la diferencia sexual⁵. Es esta impugnación del supuesto causal de “construcción cultural/social” la llave para avanzar hacia una perspectiva en la cual la fantasía —en tanto operación analítica, es decir, método de análisis— permite plantear nuevas preguntas acerca de la construcción histórica y social de la diferencia sexual.

4 Freud, Sigmund: “Construcciones en el análisis”, en *Obras completas*, Vol. XXIII - *Moisés y la religión monoteísta, Esquema del psicoanálisis, y otras obras* (1937-1939), Buenos Aires/Madrid, Amorrortu, 1980.

5 Entre otros fragmentos citados por Scott sobre la relación entre psiquis e historia, Copjec afirma que “el sujeto tiene una especificidad histórica (es el producto de un orden discursivo específico), pero no un contenido histórico. El sujeto es el producto de la historia sin ser la realización de una demanda histórica.” (p. 12). Copjec, Joan: “Cutting up”, en *Between Feminism and Psychoanalysis*, Nueva York, Routledge, 1989, p. 229. En su artículo “El sexo y la eutanasia de la razón”, Copjec adhiere a una lectura lacaniana de la cuestión de la “diferencia sexual”, afirmando que “El sexo es el traspie del sentido. (...) El sexo encuentra su lugar sólo allí donde las prácticas discursivas tropiezan —y en modo alguno donde logran producir significado—” (p. 28), y en este sentido la “diferencia sexual” constituye una diferencia del orden de lo real y no de lo simbolizable. Véase “El sexo y la eutanasia de la razón”, en *El sexo y la eutanasia de la razón: ensayos sobre el amor y la diferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pp. 19-64.

El primer capítulo, “Historia del feminismo”⁶, se pregunta acerca de las marcas del proceso de legitimación académica del pensamiento feminista y los estudios de mujeres en la historia, y en particular acerca del alcance crítico de estas coordenadas en el presente así como sobre sus chances futuras:

La legitimidad, para quienes comenzaron como revolucionarias, es siempre un logro ambiguo. Es a la vez una victoria y una claudicación, el triunfo de la crítica y su abandono. [...] ¿Hemos ganado o hemos perdido? ¿Hemos sido transformadas por nuestro éxito? [...] ¿Debemos contentarnos con mantener y reproducir lo que hemos ganado, o deberíamos estar respondiendo a nuevos desafíos que pueden amenazar nuestra legítima posición? ¿Tiene futuro la historia de las mujeres, o es historia? ¿Cómo podríamos imaginar su futuro? (p. 25).

Mientras el pasado de esta relación gana en melancolía a medida que pierde su carga de conflictividad, y el presente expone triunfal los libros, instituciones y revistas indexadas en las que se hace evidente el reconocimiento hacia el lugar de las mujeres en la historia —como objeto de estudio en la disciplina y como sujetos en la construcción de conocimiento histórico—, el futuro muestra su rostro bifronte, pleno y vacío a la vez. El futuro es el problema-fantasma del feminismo —en tanto movimiento político—, y a su vez para una perspectiva crítica de los estudios de las mujeres (y de género) en el marco de las disciplinas y la academia. Allí donde el encuentro del feminismo y las instituciones de la academia prometía una crítica radical a los modos disciplina-rios de producir conocimientos, parece quedar apenas la preocupación por proteger los logros y las fronteras, una domesticación de los “deseos fervientes” de transformación radical. A esta mirada melancólica por la pérdida de un pasado homosocial dentro de los departamentos y áreas de estudios de las mujeres, Scott responde interrogando nuevamente la historia del feminismo y el propio estatuto de los estudios de mujeres en las ciencias sociales y humanas, manteniendo abierto el espacio paradójal donde la crítica feminista se muestra como el resultado fallido, la contradicción al interior de la cultura moderna. Es quizás en este sentido que el uso de “género” ha resultado insuficiente para el feminismo y para la (su) historia.

6 Pese a existir una versión en castellano de este texto, en el fragmento citado sigo el capítulo del libro, con diferencias de traducción sustanciales. “La historia del feminismo”, en Fernández Aceves, María Teresa, Ramos Escandón, Carmen y Porter, Susie S. (eds.): *Orden social e identidad de género: México, siglos XIX y XX*, Guadalajara, CIESAS/Universidad de Guadalajara, 2006, pp. 35-62. [“Feminism’s History”, *Journal of Women’s History*, Vol. 16, No. 2, 2006, pp. 10-29].

A lo largo de los capítulos siguientes Scott elabora los escenarios de su fantasía acerca de las posibilidades críticas de una historia feminista y de una historia del feminismo, explorando los errores de comprensión idiomática, los ecos y repercusiones de las traducciones trans/globales del feminismo, un desliz de los dedos sobre el teclado —*lapsus digitae*—, o aún el retorno al mito como teoría-fantasía social y política.

Así, en “El eco de la fantasía: la historia y la construcción de la identidad” (segundo capítulo) indaga en los escenarios donde la identidad de las mujeres aparece como colectivo unificado, escenarios en los que se articulan pasado y futuro a través de mecanismos de representación y metaforización de la discontinuidad inherente del sujeto. Scott ejemplifica esas operaciones de metaforización con su análisis de las figuras de “la oradora” y “la madre”, a través de las cuales desarma las fantasías del feminismo como movimiento de “las mujeres”. Si las transformaciones histórico-discursivas en torno a la figura de la oradora admiten una lectura en clave de continuidad identitaria colectiva —“las mujeres”— desde la Revolución Francesa hasta el siglo XX, es por su común relación paradójica con las normas que regulan el acceso de los sujetos políticos al espacio público: como una especie de escenario circular, cadalso y tribuna ofrecen solo un matiz a la mujer-oradora que a la vez que transgrede, se sujeta a la norma⁷. El escenario de fantasía antitética es la figura de la madre como eje de identificaciones moralistas colectivas. Su eficacia, de acuerdo a la lectura que trae Scott de Luce Irigaray y Julia Kristeva —quienes a su vez reformulan la interpretación de Lacan del complejo de Edipo analizado por Freud—, se basa en idealizaciones inconscientes de la relación pre-edípica entre madres e hijas/os traducidas bajo la forma del placer fraternal del encuentro entre mujeres. La vigencia de ambos escenarios de la fantasía feminista reside en su capacidad para elidir las diferencias —entre mujeres y en el tiempo—, creando continuidades aparentes. Escuchar en esas apuestas a la unidad lo que Scott llama *el eco de la fantasía* ejemplifica su radical propuesta metodológica, suerte de concepto-llave para cuestionar y desmontar las “unidades ficticias”⁸ que son en verdad histórica y socialmente encarnadas.

7 En esta sección, Scott se refiere a algunas de las mujeres a las cuales dedicó su trabajo sobre *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia 1789-1944*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

8 Denise Riley se refiere así a los usos paródicos y estratégicos de los colectivos identitarios que obliteran o desconocen las diferencias históricas concretas entre los sujetos de tales enunciados. Riley, Denise: *The Words of Selves: Identification, Solidarity, Irony*, Stanford, Stanford University Press, 2000, p. 176.

En el tercer capítulo, dedicado a las “Reverberaciones feministas” en el presente de la(s) crisis que definen las relaciones entre lo global y lo local, propone releer las fantasías acerca de las relaciones entre ambos espacios a través del prisma de los postulados feministas que anuncian el trabajo productivo de toda categoría referida a la identidad así como sus inherentes riesgos esencialistas. Recorriendo una serie de interpretaciones acerca de diversos conflictos bélico-políticos del presente —el conflicto entre Israel y Palestina, las guerras en Irak y Afganistán, el movimiento por la paridad en Francia, la Europa post-socialista y en particular la ex Yugoslavia—, Scott nos coloca frente a una tensión de algunas lecturas en pretendida clave “feminista global”, y señala la permanencia de “la vieja relación colonial [que] emerge intacta en una operación de dominación disfrazada como una misión de salvación” (p. 76). Estas traducciones reaccionarias del llamado feminismo globalizado se alinean con una serie de estrategias analíticas y conceptuales que expanden los usos y las repercusiones posibles de nociones feministas como “género” o “diferencia sexual”. A través del análisis de las acciones del grupo “Mujeres de negro” —surgido en protesta a la ocupación israelí en Gaza a fines de los 80 y extendido luego por distintas zonas de Europa—, Scott describe cómo reverbera en contextos específicos una “analítica feminista del poder”, generando solidaridades desafiantes aun cuando sus integrantes no se reconocen como parte de la unidad (ficticia) de “las mujeres”.

En los dos últimos capítulos, “Sexularismo: sobre la secularización y la igualdad de género” y “Teoría de la seducción francesa”, avanza sobre algunos temas presentes en sus libros anteriores, *Parité! La igualdad de género...* (cuya versión original es de 2005) y *The Politics of the Veil* (2007)⁹. En “Sexularismo...” parte de un muy común *lapsus digita*e y/o tipográfico que la lleva a cuestionar las asunciones acerca de la potencia emancipatoria de los discursos en favor de la secularización cuando se asocian a cuestiones sexuales. “Sexularismo” expone la elisión discursiva de la sinonimia sintomática que anuda —bajo la forma de una evidencia que no precisaría ser analizada— el supuesto de la potencia emancipatoria de los procesos de secularización con la lucha (feminista) contra el sexismo. Esta especie de animal mítico-discursivo subsume en verdad, a ojos de Scott, los

9 Scott, Joan: *Parité! La igualdad de género y la crisis del universalismo francés*, México, Fondo de Cultura Económica, 2012; *The Politics of the Veil*, Princeton, Princeton University Press, 2007. Véase también la reseña de Florencia Gasparín sobre ambos volúmenes en este Dossier.

persistentes intentos de “reconciliación de la diferencia sexual y la igualdad de género” (p. 93). La autora decide entonces afrontar su crítica por el comienzo, es decir, por la historia de los procesos de secularización y su anudamiento con los discursos acerca de la igualdad de género, señalando el modo problemático en que dicho anudamiento oculta tanto la interdependencia discursiva como el sentido histórico-político de la oposición entre lo secular y lo religioso, que del mismo modo, impone otras oposiciones paralelas como moderno/tradicional, liberación/opresión sexual, igualdad de género/jerarquía patriarcal, Occidente/Oriente, público-político/privado. Estas oposiciones marcan el terreno de la pertenencia (por ejemplo a un orden de ciudadanía) siguiendo la línea de la diferencia sexual, y legitima de este modo “la desigualdad política y social de mujeres y varones” (p. 97) junto con el supuesto de la heterosexualidad normativa, y se expande en las diferentes ramas en que la secularización ha escrito provisoriamente su historia: como proceso de formación del poder estatal; de diseminación idealizada de sus supuestos emancipatorios; de sexualización de la política; de control y producción poblacional; de gobierno del sexo y la sexualidad a través de discursos científico-tecnológicos; y de la implementación de la división sexual del trabajo en el mercado y la familia (p. 101). Desde una metodología de la fantasía, la pregunta a hacerse no sería en verdad una pregunta acerca de los efectos de la secularización sobre los sujetos en contextos específicos —por ejemplo, los residentes en países occidentales que se identifican con la religión musulmana—, sino más bien

¿Cómo se conecta la identificación de la masculinidad con el universal y de la feminidad con el particular con las ideas seculares sobre lo público y lo privado, con las abstracciones de la ciudadanía y con la definición de las mujeres como ‘el sexo’? (...) ¿Existen formas únicas en que el secularismo aborda la diferencia sexual? (...) ¿Qué entienden los secularistas por igualdad? (p. 115).

En un verdadero trabajo deconstructivo como el propuesto por Scott, la medida de la igualdad o la diferencia entre los sexos, los discursos sobre lo secular y lo religioso, o las sociedades, lo que realmente importa es comprender el trabajo político de los conceptos, tanto en términos de su historia como de su futuro.

El capítulo sobre “La teoría de la seducción francesa” es quizás el mejor ejemplo del tipo de análisis y metodología propuesto en los capítulos previos por Scott. A propósito de los discursos sobre el significado de la identidad nacional en los debates sobre el Bicentenario de la Revolución Francesa, la autora recorre una serie de textos franceses articulados en torno a una ideología aris-

tocrático-republicana que rechaza las nociones democráticas de igualdad fundada en la desigualdad inherente a la diferencia sexual (p. 117). El mito de la seducción como fundamento de “la singularidad [política] francesa” construye una versión fantaseada de la historia política de Francia, y por extensión de la Modernidad. El escenario de la fantasía que monta este mito devenido en teoría política de la mano de Philippe Raynaud, Mona Ozouf y Claude Habib (entre otras mencionadas), carece de conflicto y coerción, ocluye las relaciones de poder entre varones y mujeres bajo la ideología de la atracción pasional, y traduce la desigualdad entre los sexos en un juego cortés de seducciones donde las líneas divisorias entre lo psíquico y lo político han sido borradas junto con el problema de la diferencia sexual. Como en el cuento de Edgar Allan Poe, la *carta robada* se exhibe para que nadie la vea. Rechazando las regulaciones psíquicas y socio-políticas que constituyen el sustrato del deseo pasional heterosexual fantaseado como signo de “civilidad”, el mito de la seducción como modelo de la política y de la comunidad nacional imaginaria francesa se erige en contra de las demandas de igualdad de las paritaristas, del activismo gay francés por el derecho a formar familias, o de las musulmanas que visten el pañuelo islámico como muestra de observancia religiosa (p. 135).

Como cierre del libro, Scott recupera para la escritura feminista las ideas de placer y peligro en su “Epílogo: Una Archivo de Teoría Feminista”. El placer del ejercicio de la crítica como desafío y el peligro de su rutinización comportan dos formas del afecto teórico diversas. A la manera de un comentario laudatorio ante la apertura del Archivo de Teoría Feminista iniciado por Elizabeth Weed en la Biblioteca John Hay de la Universidad de Brown, la autora reflexiona acerca de las paradojas del archivo para las historiadoras feministas. Tensionado entre las tendencias conservadoras de clasificación, catalogación y preservación, y su potencial productividad crítica, el archivo incita a las traducciones y apropiaciones, quizás incluso desleales. El impulso de controlar la proliferación de sentido habilitada por los archivos, o bien de entregarse a su provocación en favor de los placeres de la imaginación y la crítica, constituye una tensión transitoria y recurrente a la vez. El desafío de este libro no esquiva estas tensiones, antes bien hace de ellas el material con el que la historia y la crítica feminista de nuestro presente pueden ser pensadas y por ello mismo, transformadas. Su “traducción” idiomática y en términos de prácticas disciplinarias y académicas locales significaría seguramente una apertura a cuestiones ignoradas u olvidadas tanto como una oportu-

nidad para renovar los debates y la crítica feministas. Su lectura constituye un punto ineludible para quienes quieran conocer el pensamiento de una teórica, feminista e historiadora que no teme los desafíos del pensar ni esquiva los placeres de compartirlo con sus lectoras y lectores.